

Editorial	3
Tema principal	
La desreglamentación y la intervención del Estado	4
La privatización: una oportunidad	9
La empresa privada como modelo de eficiencia	14
Principios y recomendaciones para un programa de privatización	18
Las técnicas de la privatización	21
Estado y modernidad en México	27
Economía social de mercado: ¿una salida de la crisis para el Perú?	30
La privatización en Chile	37
Liberalismo	
La declaración de Helsinki	41
Liberalismo y economía	46
Cuba: una aproximación liberal	48
América Latina	
América Latina y la CE en los 90	57
El sistema económico liberal	60
Economía latinoamericana: ¿se nivela por lo bajo?	63
Tiempos de trastorno y maravilla	65
Constituciones	
La Constituyente: herramienta para la paz y para una democracia participativa	68
Derechos humanos	
Los retos para los derechos humanos	71
Urgencia y riqueza de la educación en derechos humanos	74
Nueva Europa	
¿Existe voluntad política para transformar la OTAN?	76
Entrevista	
La sociedad civil amenazada	79
Escenarios electorales	
Guatemala por la senda de la democracia	81
Eventos	
Medios y medio ambiente: información para la vida	83
Ecología	
Nuestra propia agenda	85
Publicaciones	90

El ex ministro de Salud, ex candidato presidencial y actual embajador de Ecuador en Venezuela, doctor Francisco Huerta Montalvo, es el invitado especial para la columna editorial de la presente entrega de Perfiles Liberales.

Ahora: privatizar

Es casi verdad de Perogrullo aquella que proclama la urgencia de redimensionar el tamaño del Estado —el Estado obeso de Prebisch— para intentar hacerlo ágil, eficiente y ético. Lo que expresado de otra manera significa que en muchos de nuestros países el Estado es una maquinaria pesada, improductiva y corrupta.

En el propósito de otorgarle tamaño adecuado se insiste en la necesidad de privatizarlo, neologismo derivado de privar, que en buen castellano significa despojar a uno, en este caso al obeso, de los bienes a su cargo. Si los gobiernos se deciden a proceder en consecuencia, el Estado se librará de una onerosa carga y de las tragedias que sufren él y los usuarios de los servicios públicos. ¡Esta es la teoría!

El primer interrogante que surge ante el referido planteamiento es si todas las empresas denominadas privadas son ágiles, eficientes y éticas. Otro interrogante tiene que ver con la sensación de que en América Latina no hay nada más "privado" que el Estado.

Toda esa gran panoplia de las leyes de fomento, exoneraciones tributarias, protecciones arancelarias, privilegios cambiarios y frente al endeudamiento externo, no puede dejar de recordarse cuando se piensa en privatización, al igual que el sacrificio fiscal que ello ha significado.

Así, no sólo hay que pensar en privatizaciones, también hay que pensar en desprivatizaciones, la del Estado, por ejemplo, para que se dedique a servir al interés general y no sólo a pequeños grupos.

Lo que más inquieta de la tendencia privatizadora es el peligro de estar frente a una nueva moda, que sus promotores desean convertir en panacea, en curalotodo.

Este riesgo, lo reconozco, es derivado de frustraciones previas. Comencé a realizar actividad política en tiempos en que las nacionalizaciones lo iban a resolver todo. Cuando ocurrieron, motivaron celebraciones propias de un acontecimiento histórico. Después, al tomar conciencia de que el pueblo —presunto beneficiario de las mismas— veía agravarse su ya mala condición de vida, empezó a denominárselas estatizaciones. Eran el Estado y su maquinaria y no la Nación y sus habitantes los usufructuarios mayores de ese proceso. Por supuesto, también en múltiples casos, empresarios privados o en riesgo de quiebra que traspasaban sus actividades al Estado. Mucho de lo que hoy es estatal tiene ese origen.

Luego, al surgir poderosas burocracias doradas, especie de casta brahmanica de la religión estatizante, se empezó a vender la necesidad de la desburocratización, casi con el mismo desparpajo con que antes se había fomentado el gigantismo de las empresas públicas.

Ahora, la consigna es privatizar. ¡Cuidado!

Creo tener derecho a inquietarme cuando escucho que se llama privatización al acto de traspasar una empresa pública latinoamericana a una empresa también pública de Estados Unidos o Europa. También cuando sugiero, sin éxito, que las propiedades públicas pasen a manos de los trabajadores o de las comunidades organizadas, democratizando así la propiedad y no sólo privatizándola. Si poseer es legítima aspiración humana, si ser propietario es algo positivo tal cual creo y sostengo, qué mejor entonces que la mayoría sea propietaria.

Por lo demás, el problema central no es ni ha sido el tamaño del Estado. Conozco Estados grandes, ágiles, eficientes y éticos. El quid es reformar y redefinir su capacidad y sus roles. Pero eso no es tema ni de políticos, ni de burócratas, ni de empresarios. Es tema de la sociedad en su conjunto y sobre ello hay que abrir debate. Estas líneas aspiran contribuir al mismo.

Francisco Huerta Montalvo